

RESEÑA DEL LIBRO *LOS
REVOLUCIONARIOS MARGINALES: CÓMO
LOS ECONOMISTAS AUSTRIACOS
LUCHARON EN LA GUERRA DE LAS IDEAS*,
de Janek Wasserman, Yale University
Press, 354 páginas*

EDUARD CHANCELOR

Visto el fracaso de los economistas modernos para prever la Gran Recesión de 2008, el peor shock financiero desde los años 1930, era quizá inevitable que la Escuela Austriaca, una en su tiempo privilegiada rama de la economía que se había especializado en analizar auges y caídas, volviera a gozar del interés público.

La cuestión de los austriacos como escuela fuera de la corriente general es tratado a lo largo de la obra de Janek Wasserman *The Marginal Revolutionaries: How Austrian Economists Fought the War of Ideas*, una historia general de la Escuela Austriaca desde sus comienzos hasta el día de hoy. El título alude, tanto a la posterior marginalización de los economistas austriacos, como a la percepción original de su padre fundador, Carl Menger, que introdujo la noción de utilidad marginal; a saber,



Primera reunión de la Sociedad Mont Pélerin con los miembros fundadores Friedrich Hayek (a la izquierda, tras el escritorio) y Ludwig von Mises (primera fila, segundo por la derecha). Mont Pélerin, Suiza, 1947.

* El original en inglés de esta reseña fue publicado en *The New York Review of Books* el 14 de mayo de 2020 con el título "The long shadow of the Austrian School". La traducción al español ha sido realizada por Jaime Torres Domingo.

que el valor económico no deriva del coste de los inputs, tales como las materias primas o el trabajo, como sugirieron David Ricardo, y más tarde Karl Marx; sino de la utilidad que obtiene un individuo al consumir una cantidad adicional de cualquier bien o servicio. El agua, por ejemplo, puede ser indispensable para los seres humanos, pero cuando es abundante el valor marginal de un vaso adicional de ese elemento se acerca a cero. Los diamantes son menos útiles que el agua, pero mucho más raros, por lo que deben tener un alto precio de mercado; sin embargo, si los diamantes fuesen tan abundantes como las gotas de rocío, carecerían de valor.

Menger no fue el primer economista en reflexionar acerca de lo que se llama la “paradoja del valor” (por qué cosas inútiles valen más que cosas esenciales) – el italiano Fernando Galiani se había ocupado de ello más de un siglo antes. Su idea central de utilidad marginal la desarrollaron simultáneamente en Inglaterra W.S. Jevons y en el continente Leon Walras. La originalidad de Menger reside en aplicar su teoría a todo el proceso de producción, mostrando cómo el valor de los bienes de capital, como por ejemplo del equipamiento de una industria; deriva del valor marginal de los bienes que produce. Como resultado, la economía austriaca desarrolló un profundo interés en la asignación del capital. Además, Menger y sus discípulos pusieron de relieve que el valor era inherentemente subjetivo, ya que depende de lo que los consumidores estén dispuestos a pagar por algo. Esto imbuyó a la Escuela Austriaca desde su comienzo de un aspecto extremadamente individualista y anti estatista.

Los *Principios de economía* de Menger, publicados en 1871, establecieron el estudio de la economía en Viena –antes de ello, no se publicaba ninguna revista económica en Austria y se impartían los cursos de economía en las escuelas de derecho. Desde esta situación menos que marginal, Menger y sus seguidores, muy especialmente Eugen von Böhm-Bawerk, alcanzaron la fama con sus polémicos ataques a la escuela histórica de economía alemana, encabezada por Friedrich List, que cuestionaba si las leyes naturales de la economía se aplicaban a todas las naciones y subrayaba el estudio de la estadística por encima de la teorización abstracta. Menger rechazaba el enfoque nacionalista de los economistas alemanes, clamando por una *Nationalökonomie ohne Nation*, que puede

traducirse más o menos como “economía sin fronteras” – enfoque muy apropiado para los ciudadanos del imperio multinacional de los Habsburgo de finales del siglo XIX. Esta disputa pasó a ser conocida como la *Methodenstreit*.

Si bien los economistas austriacos pueden haber estado fuera de la corriente general en su campo, sí que eran miembros de la élite dirigente en Austria. Menger ejercía como consejero del Primer Ministro, Príncipe Auersperg, y tenía bajo su influencia al Príncipe Rudolf, el legítimo heredero de los Habsburgo. Böhm-Bawerk ejerció durante tres mandatos como ministro de finanzas austriaco. En 1919, Joseph Schumpeter fue designado como ministro de finanzas en un gobierno socialista (justificando su nombramiento con la ocurrencia de que “si un hombre quiere suicidarse, es bueno que esté presente un doctor”).

La Escuela Austriaca también estaba unida por lazos familiares y sociales: Böhm-Bawerk era cuñado de Friedrich von Wieser, otro destacado economista y un íntimo amigo del estadístico Franz von Juraschek, abuelo paterno de Friedrich Hayek. Los jóvenes economistas austriacos también participaban juntos en excursiones alpinas y se reunían en los famosos seminarios de Böhm-Bawerk (a los que también asistía el bolchevique Nikolai Bukharin y el marxista alemán Rudolf Hilferding). Ludwig von Mises continuó esta tradición celebrando seminarios privados en Viena en los años 1920 y más tarde en Nueva York. Como observa Wasserman, la Escuela Austriaca era “pura y simplemente una red social”.

Después de la Primera Guerra Mundial, los aliados victoriosos desmantelaron el Imperio de los Habsburgo. Se redujo la burocracia austriaca y los puestos en la Universidad pasaron a ser escasos. Menger, el último miembro superviviente de la primera generación de economistas austriacos, murió en 1921. La escuela económica que fundó, con su énfasis en el individualismo y los libres mercados, podría haber desaparecido bajo el socialismo de la “Viena Roja”. En su lugar, apareció una nueva generación de brillantes jóvenes economistas: Schumpeter, Hayek y Mises – todos los cuales publicaron superventas en inglés y siguen siendo conocidos hoy- junto con una serie de menos conocidos, aunque influyentes, economistas, entre los que figuran Oskar Morgenstern, Fritz Machlup, Alexander Gerschenkron, y Gottfried Haberler.

En el periodo de entreguerras, Hayek pasó al London School of Economics, Schumpeter a Harvard y Mises y Haberler a Ginebra, donde éste último fue contratado por la Sociedad de Naciones antes de reunirse con Schumpeter en Harvard. La Fundación Rockefeller, cuyo director de programa, John Van Sickle, confesó mantener “un lugar cálido en [su] corazón para el pequeño grupo allí en Viena”, ayudó a conseguir puestos fijos para los economistas austriacos en las Universidades de EE.UU., pagando a veces sus estipendios. Aunque Hayek comparase su llegada a Inglaterra con “entrar en un baño caliente”, Estados Unidos se convirtió en un hogar, lejos del suyo, para los austriacos. En 1950 Hayek renunció a su puesto en la London School of Economics y cruzó el Atlántico.

Después de que los austriacos pasasen a un exilio permanente, ya no está claro que se pudiese seguir hablando de una Escuela Austriaca. Milton Friedman pensaba que no, diciendo de su forma característica que “no hay tal economía austriaca, sino sólo economía buena y economía mala”. En su libro de 1932 *An Essay on the Nature and Significance of Economic Science*, Lionel Robbins, que había llevado a Hayek al LSE, absorbió las enseñanzas de la Escuela Austriaca, pero no la consideró como una estructura teórica alternativa a la economía clásica¹. Mises, de forma similar, sugirió que las escuelas del pensamiento económico diferían sólo en su manera de expresar las mismas ideas fundamentales.

Es cierto que los economistas austriacos tenían mucho en común con la tradición clásica. La doctrina de la utilidad marginal de Menger había sido elaborada de forma independiente y absorbida en la corriente principal de la economía. La defensa de los austriacos de los libres mercados, la libre competencia y el control de la inflación resultaba poco diferente de la llevada a cabo por la Escuela de Chicago de Frank Knight. Como escribió Schumpeter, “las escuelas genuinas son realidades sociológicas –seres vivos”. Para Fritz Machlup, los austriacos eran una familia, una experiencia compartida. Incluso Hayek dudaba de si la Escuela Austriaca continuaba existiendo una vez que fue trasplantada a un suelo extranjero.

¹ Véase la introducción de Israel Kirzner a *Classics in Austrian Economics* (Routledge, 1994, volumen 1).

El cuadro se ha hecho más complicado por la tendencia de ciertos economistas nacidos en Austria y que se establecieron en Estados Unidos a seguir su propia senda. Después de la guerra, era posible hablar (como hizo Machlup) de “austriacos austriacos”, de “austriacos des-austriacos” y de “austriacos no austriacos”. Mises, que se adhería estrechamente a los dogmas originales de la Escuela, pertenecía a la primera categoría; sus discípulos americanos, incluyendo a Murray Rothbard e Israel Kirzner, a la última; mientras que Schumpeter, que desarrolló puntos de vista personales acerca del interés, y el matemáticamente propenso Morgenstern, coautor, junto con John von Neumann, de la innovadora *Theory of Games and Economic Behavior* (1944), se convirtieron en los más prominentes de los austriacos in-austriacos.

Sin embargo, no deberían sobrestimarse las similitudes de la economía austriaca con la corriente principal, especialmente después de 1945, cuando se incorporaron las ideas de John Maynard Keynes en la economía ortodoxa, dando lugar a la llamada Síntesis Neoclásica-Keynesiana. Como comentó Hayek, los monetaristas, tales como Friedman, tenían más en común con los keynesianos, ya que ambos se basaban en agregados macro económicos –ya sea la oferta monetaria (para los monetaristas) o el gasto del gobierno (para los keynesianos)- que podían ser dirigidos por el Estado, más que con sus propias ideas, que eran esencialmente el *laissez-faire*. Varias características distinguían a los austriacos de otras escuelas económicas y también proporcionaban la base para los nuevos desarrollos en el pensamiento económico, incluso para los supuestos austriacos in-austriacos, tales como Schumpeter.

La idea original de Menger de la utilidad marginal se apoyaba en las preferencias subjetivas de los consumidores. Esta postura subjetivista la retuvieron las subsiguientes generaciones de la escuela, e inspiró una tradición de individualismo radical que en su momento hizo que los austriacos fueran los economistas favoritos de los libertarios americanos. El subjetivismo se encontraba en el núcleo del polémico rechazo de los austriacos del marxismo. No sólo rechazaban la teoría del valor del trabajo de Marx, sino que afirmaban que el socialismo no podría funcionar, ya que le faltarían los medios para asignar los recursos de forma eficiente. Como escribió Mises: “una vez que la sociedad abandona la fijación libre

de los precios de los bienes de producción, se hace imposible la producción racional. Cada paso que nos aleja de la propiedad privada de los medios de producción... es un paso que nos aleja de la actividad económica racional”.

De la misma forma, Hayek rechazaba la idea de que se pudiese planificar la sociedad. Consideraba la economía como un orden espontáneo. En su ensayo de 1937 “Economía y conocimiento”, Hayek argumentaba que la planificación central tendría que fracasar porque los planificadores carecían del necesario conocimiento objetivo. Sólo el mercado, que Hayek más tarde calificaría de “un sistema sutil de comunicación”, podía resolver el problema de la asignación de recursos, ya que reflejaba “la interacción espontánea de una serie de personas, de las que cada una poseía sólo bits de conocimiento”. Ideas similares se expresaban con más fuerza en el discurso de aceptación de Hayek del Premio Nobel de 1974, titulado “La apariencia de conocimiento”, en el que atacaba el “charlatanismo y algo peor” de los científicos económicos. Las ciencias sociales, decía Hayek, se diferenciaban de las ciencias físicas porque “tratan de fenómenos esencialmente complejos”, para los que están limitados los datos cuantitativos:

“Actuar bajo la creencia de que poseemos el conocimiento y el poder que nos hacen capaces de formar los procesos de la sociedad enteramente a nuestro gusto, conocimiento que, de hecho, *no* poseemos, puede hacernos mucho daño.”

Aunque Schumpeter era considerado un hereje por los puristas de Mises, su teoría de la destrucción creativa elaborada en su obra más famosa, *Capitalismo, Socialismo y Democracia* (1942), pertenece, sin duda, a la tradición austriaca. Schumpeter, al igual que Hayek, rechazaba el concepto de equilibrio económico, considerando la economía como un proceso en evolución, propensa por naturaleza a shocks y perturbaciones. El héroe de Schumpeter no era el consumidor de Menger, sino otro individuo, el empresario – el agente esencial de la innovación y el progreso en una sociedad capitalista, que crea nuevas industrias o mejora los métodos de las existentes. Schumpeter, como otros austriacos, asumía las posibilidades creadas por las recesiones económicas, que consideraba periodos en los

que podían descartarse los procesos obsoletos y adoptarse nuevos métodos más eficientes, oponiéndose a los intentos de impedir la destrucción creativa, por ejemplo por medio de la intervención del gobierno dirigida a estabilizar la economía impidiendo las quiebras: “sin ese cambio o, más precisamente, esa clase de cambio, que hemos llamado evolución, no puede existir la sociedad capitalista”.

Dados sus puntos de vista acerca de la complejidad de la actividad económica y de la falta de fiabilidad de los datos económicos, los economistas austriacos se mostraban naturalmente escépticos sobre la planificación macroeconómica y la capacidad de los economistas para realizar predicciones exactas. La *Methodenstreit* con la escuela histórica alemana de la economía los imbuyó de una permanente desconfianza de las estadísticas. Los austriacos rechazaban el uso de los índices económicos, en especial cuando intentaban medir el nivel general de precios al consumo. Como escribió Oskar Morgenstern, “la idea de que un fenómeno tan complejo como la variación de un “nivel de precios”, por sí mismo una heroica abstracción teórica, pueda medirse en el presente con tal grado de exactitud es, sin embargo, simplemente absurda”².

Su desconfianza acerca de los índices de precios llevó a los economistas austriacos a un conflicto con la corriente principal de la opinión económica durante los 1920. En ese momento, había un consenso general entre los principales economistas, que iba desde Irving Fisher, en Yale, a Keynes, en Cambridge, de que la política monetaria debía tener como objetivo proporcionar un nivel estable de precios y, en particular, tratar de evitar cualquier reducción de los mismos (deflación). Hayek, que anteriormente en esa década había pasado tiempo en la Universidad de Nueva York estudiando la política monetaria y que en 1927 se convirtió en el primer director del Instituto Austriaco de Investigación del Ciclo Económico, argumentó que la política de estabilización de los precios estaba mal dirigida, escribiendo que lo natural era que las mejoras en la productividad llevaran a menores precios y que cualquier resistencia a este movimiento (descrito a menudo como “deflación buena”) tendría consecuencias económicas dañinas.

² Véase Morgenstern, *On the Accuracy of Economic Observations* (Princeton University Press, 1950).

La teoría austriaca del interés, tal y como fue elaborada por Böhm-Bawerk en su extensa obra en tres volúmenes *Capital e interés*, mantiene que el interés surge de la preferencia temporal de los individuos –la disposición a pagar más para tener algo ahora en lugar de más tarde. Dado que la gente prefiere una gratificación instantánea a otra aplazada –como dice el refrán, un pájaro en mano vale más que ciento volando– la preferencia temporal, y por tanto el interés, tiene siempre que ser positiva. (La mayor parte de los economistas austriacos han mantenido esta postura, aunque el punto de vista de Schumpeter era que el interés procedía de los beneficios y que, bajo ciertas circunstancias, el tipo de interés podía llegar a cero). Como la inversión requiere tiempo y el tiempo es valioso, hay que pagar interés para inducir a la gente a ahorrar. De acuerdo con el punto de vista austriaco, cuando se determina el tipo de interés en el libre mercado, se armonizan la preferencia temporal y el rendimiento del capital, de forma que los beneficios, más o menos, igualan al tipo de interés y se equilibran el ahorro y la inversión –o, dicho de otra manera, es necesario el interés para que a lo largo del tiempo se coordinen la producción y el consumo.

Sin embargo, cuando las autoridades monetarias fijan el interés por debajo de su libre mercado, o tipo “natural”, tendrá lugar una expansión desestabilizadora del crédito, *independientemente* de que no varíe la inflación en los precios al consumo³. Aunque Hayek no predijo la caída de 1929 o la depresión que la siguió, su libro *Teoría monetaria y el ciclo económico* (publicado por primera vez en alemán el año de la caída) criticaba la política de estabilización de precios de la Reserva Federal que, según su punto de vista, mantenía los tipos de interés demasiado bajos. Keynes mantuvo el punto de vista opuesto. Según este último autor, la Gran Depresión fue producida por una política monetaria excesivamente restrictiva, que desalentó la inversión y el empleo.

³ Un punto débil fundamental de la teoría del tipo de interés austriaca, expuesto por una reseña de Piero Sraffa de *Prices and Production* de Hayek, es cómo descubrir lo que es el tipo de interés natural. Como los austriacos no creían en calcular la media de los datos económicos, el tipo natural de interés no podía descubrirse. (Véase “Dr. Hayek on Money and Capital,” *The Economic Journal*, 1932).

Sin embargo, no fue esta disputa acerca de la estabilidad de precios y la política monetaria lo que dio lugar al famoso conflicto de Keynes con Hayek, sino más bien sus diferentes puntos de vista acerca de cómo reaccionar ante la Gran Depresión. Al colapsar la economía mundial, mientras Keynes trabajaba frenéticamente en nuevas ideas para aliviar la crisis, los economistas austriacos continuaban manteniendo lo que llegó a ser conocido como la postura “liquidacionista”. Su actitud estaba cerca de la del Secretario del Tesoro, Andrew Mellon, que quería “liquidar la mano de obra, liquidar los stocks, liquidar a los granjeros, liquidar los inmuebles” con el fin de purgar la economía de los excesos especulativos de los Felices Años 20.

Como el liquidacionismo dio lugar a un amplio desempleo, era inaceptable para Keynes y sus seguidores. La disputa llegó a su culmen a principios de 1931, cuando Hayek visitó Cambridge poco antes de asumir su puesto en la London School of Economics. Frente a un grupo de discípulos de Keynes (el maestro mismo estaba ausente), Hayek pronunció una complicada charla en mal inglés, que se hacía más incomprensible por sufrir un ataque de gripe, explicando por qué debería dejarse que la Depresión se curase a sí misma. Al final de la lección, un incrédulo Richard Kahn, el más leal partidario de Keynes, preguntó si Hayek estaba realmente diciendo que si él, Kahn, fuese a comprarse un nuevo abrigo en un muy pequeño esfuerzo para estimular la economía, aumentaría el desempleo. “Sí”, replicó Hayek, “pero”, continuó, señalando una serie de triángulos dibujados en la pizarra, “sería necesaria una explicación matemática muy larga para explicar por qué”.

Un extemporáneo altercado siguió a la desfavorable reseña de Hayek del *Tratado sobre el dinero* de Keynes (1930), que dio lugar a que un sarcástico Keynes describiera un tomo reciente de Hayek (*Precios y producción*) como “uno de los más espantosos embrollos que haya leído nunca... es un ejemplo extraordinario de cómo, partiendo de un error, un lógico implacable puede terminar en el manicomio”. El veterano economista de Cambridge A.C. Pigou describió los ataques como “propios de una batalla entre gatos rabiosos”. Cuando Keynes publicó su *Teoría general* en 1936, Hayek permaneció en silencio, dejando el campo despejado para la

subsiguiente victoria de la economía keynesiana. El intento de Hayek de volver a definir la economía, *La teoría pura del capital* (1941), fue generalmente considerado como un fracaso. (Paul Samuelson escribió que el libro “no había nacido muerto, sino que fue un guijarro arrojado en el estanque de la ciencia económica que al parecer no produjo ni siquiera una onda”. Friedman lo describió como “ilegible”).

Como escribió más tarde el ayudante de Hayek Ludwig Lachmann, “los más perspicaces pensaron que estaban presenciando un choque entre dos visiones irreconciliables del mundo económico”. Los austriacos se centraban en el análisis a largo plazo, la microeconomía, el ahorro y los libres mercados, mientras que los keynesianos lo hacían en el análisis a corto plazo, los agregados macroeconómicos, en el consumo más que en el ahorro y la intervención del gobierno para corregir los fallos del mercado. El “choque que definió la economía moderna” está amenamente relatado en *Keynes vs Hayek* (2011) de Nicholas Wapshott, pero, sorprendentemente, Wasserman minimiza la importancia de este conflicto. Este fue el momento en que la teoría austriaca del ciclo económico, que subrayaba los aspectos beneficiosos de las recesiones económicas, fue decisivamente rechazada por la corriente principal de la economía. Décadas más tarde, Paul Krugman descartó lo que llamaba la “teoría de la resaca” austriaca como tan “merecedora de un estudio serio como la teoría del flogisto del fuego”⁴.

La marginalización de la economía austriaca en los círculos académicos ha durado hasta el día de hoy. En Chicago, el Departamento de Economía rechazó a Hayek, que asumió un puesto como profesor de ciencia moral y social en el Comité del Pensamiento Social, pagando su salario, no la universidad, sino una fundación privada. El interés de Hayek se alejó de la teoría económica para pasar a la ciencia política. Cuando en 1974 se concedió a Hayek el Premio Nobel de Ciencias Económicas, Samuelson observó que su nombre era desconocido para la mayor parte de los residentes senior del MIT y Harvard. John Kenneth Galbraith recordó haber preguntado al canciller austriaco Bruno Kreisky a qué se debía el

⁴ Paul Krugman, “The Hangover Theory,” *Slate*, 4 de diciembre de 1998.

notable récord de su país en el sentido de un fuerte crecimiento económico, bajo desempleo, precios al consumo estables y un vigoroso gasto en el terreno del bienestar. “Lo explico por habernos ocupado de las exportaciones”, replicó un inexpressivo Kreisky. “Hemos exportado a todos nuestros economistas”.

Sin, embargo, fuera de los círculos académicos, los austriacos posteriores a la guerra continuaron ejerciendo una gran influencia. Nacidos en un imperio multinacional, pero crecidos en una era de disputas nacionalistas, trataron de recrear las condiciones de su juventud para una era post-imperial. En su libro de 2018 *Globalistas: el final del imperio y el nacimiento del neoliberalismo*, Quinn Slobodian revela cómo los economistas austriacos jugaron un importante papel en el establecimiento del orden económico internacional de postguerra. En 1947, Hayek reunió a un pequeño grupo de colegas en el resort alpino Mont Pélerin. La declaración de objetivos de este grupo (escrita por Lionel Robbins) llamaba a “la creación de un orden internacional que condujese a la salvaguardia de la paz y libertad y permitiese el establecimiento de un orden internacional armonioso”. Los primeros miembros de la Sociedad de Mont Pélerin (MPS, por sus siglas en inglés) incluían al consejero económico de De Gaulle Jacques Rueff, al ministro alemán de economía Ludwig Erhard y al futuro presidente italiano Luigi Einaudi. Sus críticos consideran la MPS como un tipo de orden masónico de fanáticos neoliberales⁵.

El orden liberal internacional que proyectaban Hayek y sus colegas austriacos era uno en el que la soberanía económica de los Estados se vería constreñida por acuerdos supranacionales que protegiesen los libres mercados. Gottfried Haberler elaboró el informe del GATT de 1958, que sentó los cimientos para la aparición de la OMC y la era de la globalización. Las ideas austriacas también se vieron reflejadas en el Tratado de Roma, firmado un año antes, que legisló la libertad de movimientos del capital, bienes y servicios y mano de obra entre los miembros de la Comunidad Económica Europea (más tarde Unión Europea). Como mantenían que la libertad económica era, en definitiva, más

⁵ Véase, por ejemplo, *Never Let a Serious Crisis Go to Waste: How Neoliberalism Survived the Financial Meltdown* (Verso, 2013) de Philip Mirowski.

importante que la democracia, los austriacos no dejaron de apoyar a los regímenes represivos. En los años 1920, Mises alabó a los fascistas italianos y aplaudió la sangrienta represión de la Huelga General Austriaca de 1927. Casi medio siglo más tarde, Hayek desató la controversia al visitar el Chile de Pinochet. Wasserman describe cómo en los años recientes los llamados paleolibertarios –seguidores renegados de Mises– se han asociado con miembros de la extrema derecha americana.

A los amigos de las empresas austriacas, tales como Mises, nunca les faltaron ricos padrinos que trataran de limitar el alcance del Estado. Sus puntos de vista económicos se vieron apoyados por una serie de laboratorios de ideas del libre mercado a ambos lados del Atlántico, incluyendo el American Enterprise Institute, el Mises Institute y el Institute of Economic Affairs (para el que Hayek escribió una serie de folletos). En Estados Unidos, el Cato Institute, fundado en 1977 por Murray Rothbard con dinero suministrado por Charles Koch, introdujo las ideas libertarias en el Partido Republicano. Los hermanos Koch también fundaron un centro para el estudio de la economía austriaca en la George Mason University. La influencia austriaca en el Reino Unido fue mucho más significativa. El Center for Policy Studies, fundado conjuntamente por Margaret Thatcher y Keith Joseph, su mentor intelectual y más tarde ministro de su gobierno, coadyuvó a elaborar las futuras políticas thacherianas. En una ocasión, Thatcher blandió un ejemplar de la *Constitution of Liberty* de Hayek frente a veteranos conservadores, declarando: “esto es lo que creemos”. Es una coincidencia muy apropiada que Thatcher llegase al poder a principios de mayo de 1979, unos pocos días antes del octogésimo cumpleaños de Hayek. Respondiendo al telegrama de felicitación de Hayek, la nueva Primer Ministro escribió: “estoy decidida a que tengamos éxito y, si es así, su contribución a nuestra victoria final habrá sido inmensa”.

La persistente influencia de los austriacos puede encontrarse en muchas recientes críticas de las panaceas económicas contemporáneas. Volviendo a 2006, William White, el economista jefe del Banco de Pagos Internacionales, volvió a citar la queja de Hayek de los años 1920 de que los banqueros centrales que fijaban su atención solo al mantenimiento de una baja inflación, estaban ignorando los

peligros planteados por un auge crediticio⁶. La crisis de las hipotecas de alto riesgo estalló unos pocos meses más tarde, de manera que esto resultó haber sido una clarividente advertencia. William Easterly, de la Universidad de Nueva York, también se refirió a Hayek en su *Tyranny of experts*, un ataque a las políticas de ayuda exterior occidentales, en donde afirmaba que, como los gobiernos tienen un escaso conocimiento de cómo afectarán los programas a la gente o a las sociedades, los programas de ayuda han llevado a menudo a resultados inesperados e indeseados⁷. En un libro publicado recientemente, Thomas Mayer, un antiguo economista jefe del Deutsche Bank, critica la teoría financiera moderna desde una perspectiva austriaca⁸. La accesible historia de la Escuela Austriaca de Wasserman habría estado más completa si hubiese considerado su continuo impacto intelectual. La visión de los austriacos de la economía como un sistema complejo y en evolución continúa inspirando nuevas investigaciones⁹. Parece que puede no ser tan marginal como sugiere el título de este libro.

Una versión anterior de este artículo citaba incorrectamente al bolchevique Nikolai Bukharin. El texto de más arriba ha sido corregido.

⁶ Véase William R. White, "Is Price Stability Enough?", BIS Working Paper 205, Abril de 2006. Una serie de artículos subsiguientes del Bank for International Settlements, bajo la dirección del sucesor de White, Claudio Borio, examinan si la destrucción creativa se ha visto frustrada por la respuesta de la política económica a la Gran Recesión.

⁷ *The Tyranny of Experts: Economists, Dictators, and the Forgotten Rights of the Poor* (Basic Books, 2013).

⁸ *Austrian Economics, Money and Finance* (Routledge, 2018).

⁹ Véase, por ejemplo, *The Rediscovery of Classical Economics: Adaptation, Complexity and Growth* (Edward Elgar, 2013) de David Simpson. Simpson concluye que "la congruencia de las teorías y complejidad de la economía austriaca es francamente notable".